

Semblanzas Americanas

BATISTA

Por GABRIEL DE LA PAZ

La síntesis de Cuba en las postrimerías del gobierno dictatorial del general Machado, era la violencia, una violencia ancha y dilatada. Las sociedades secretas devinieron duchas en la técnica del atentado personal. Ante la violencia organizada del gobierno se erguía la violencia informe de multitudes descentradas, abierta el alma a todos los vientos del instinto. Los intelectuales manejaban un arte de quintaesencias, irrumpiendo en el vanguardismo como una réplica al arte oficial academizante. Los estallidos de las bombas golpeaban el aire. Temblaban los prohombres en los automóviles rápidos. Se derrumbaba el régimen y el brasero de la sublevación estampaba su rescoldo sanguiolento en la otrora alegre y confiada Habana, que como símbolo del país, al boquear la dictadura, refundía típicamente la violencia de arriba en la barbarie de abajo.

El colonialismo entraba en pugna con las empenachadas actitudes sovietizantes. He ahí dos influencias encontradas que lidiaban por derribar el tronco—escaso en años—del criollismo.

Ahora bien. ¿quién sería el que, refundiendo en un solo resultante el orden antiguo y el despuntar de la nueva conciencia, domaría a costa de esfuerzo y de pericia la voracidad del dragón de la anarquía?

Lo popular y lo realista, lo que se sobrepone vitalmente a los floreos teóricos debía producir necesariamente un arquetipo que surgiendo a su hora, embridaría el corcel de la violencia, conduciendo hacia rumbos orgánicos de cubanidad las improvisaciones y fantasías sociales que no anotan en su haber sino deseos informes, postulados que se arquitecturaron para otro medio y otro mundo.

El eje moral de Cuba se rompía en su centro: se derribaba sin noción de lo que debería construirse; la realidad presionaba por una pronta organización, sin que hubiera otra cosa para responderle que revolucionarios desprovistos de toda

experiencia; revolucionarios que — en su gran mayoría— saltaban de su marxismo elemental para asirse a las jugosas canongias de un puesto público.

Como en el alba, aborregada de nubes y tiznes de agua los polos del hecho cubano oscilaban entre la fuerza y la anarquía, tacteándose— ante la seria insurgencia de los problemas—los vacíos de la cultura y la ausencia de hábitos y tradiciones. La tierra en que soñara Martí entraba a un período inflamado, y había rosas en las calles habaneras cortadas por el tajo de la metralla: rosas de sangre.

Para lograr la imprescindible cohesión, ese intenso y amplio sentido de lo nacional, esa voluntad ejecutiva del ordenamiento, surgió Fulgencio Batista.

¿Quién es el hombre de quien mucho se habla en América y de quien se tienen criterios erróneos e informaciones falsas? Batista es un hombre del campo. Nació el 16 de enero de 1901, en el pueblito de Banes en la Provincia de Oriente, empedrada de montañas. Hijo de padres pobres, la educación que recibió fué desigual y heretogénea. Más que las escuelas públicas su maestra fué la vida. Si con tesón estudiaba por el día, en las noches —en una escuela cualquiera— asimilaba el inglés. Durante las vacaciones, con deseo vehemente de ser útil a los suyos, se adiestraba en los oficios: fué aprendiz de barbero y de sastre; laboró en el ramo de carpintería, y cuando no estaba en el taller, se entregaba a las rudas faenas del campo: arado limpio, siembra de campos de caña, chapeo de montes, laboreo y acarreo de azúcar, trabajos de mecánica en general. Fueron el campo y los oficios manuales los que hicieron de él un hombronazo hecho y derecho.

De la atmósfera telúrica pasó a la ciudad al cumplir los veinte años. Busca un sitio, no de holgorio y divertimento, sino una escuela de for-



taleza. Es así como en 1921 se alista como soldado en el Ejército Nacional. Aunque su autodidactismo le hacía apto para el trabajo en oficinas militares no busca el padrinazgo para obtener esos puestos, sino que hace durante dos años el servicio de línea. Haciéndolo, se curtió en los deberes y necesidades del soldado. Durante los ratos libres se dedica al estudio de la taquigrafía. Sin tiempo para asistir a clases, adquiere por correspondencia su conocimiento y expresión. Habiendo sido campesino obrero y soldado, se gradúa como taquígrafo.

Cumplidos sus dos años de servicio, se licencia para reintegrarse a la vida civil. Dos meses después reingresa en el Ejército, en el cuerpo de caballería de la Guardia Rural, en cuyas oficinas labora por espacio de dos años, pasando más tarde al Estado Mayor como soldado escribiente. A los cuatro años de serlo se presenta a oposiciones para una plaza de cabo escribiente, alcanzando el número uno entre cuarenta y dos aspirantes. Al año siguiente conquista los galones de Sargento de Primera (taquígrafo), previo riguroso examen. Durante su actuación en ese puesto, adquiere pericia sobre los procedimientos tácticos de organización interior del Ejército. Por sus manos pasan los legajos de los más célebres Consejos de Guerra. Es por esa fecha que establece contacto con el movimiento revolucionario que fragua el derrocamiento del Presidente Machado; movimiento que adquiere madurez insurgiendo plenamente en agosto de 1933.

A la caída de la dictadura, Batista es miembro celular de la poderosa organización A.B.C. Este sector pacta con el ingerencismo de la Embajada Americana, y forma parte del primer gobierno provisional. La corruptela que se había mantenido en forma latente irrumpe a la superficie. En el Ejército cunde un movimiento de opinión que pide responsabilidades para los jefes manchados con los crímenes de la tiranía. Con ese fin se organiza la jornada del 4 de septiembre de 1933. Caé el gobierno de Céspedes. Se barre virtualmente con una oficialidad—en gran parte corrompida—. Se echan los cimientos para la estructuración de un nuevo Ejército. La revolución de las clases y soldados entrega el poder a un Consejo Civil de cinco ciudadanos de historial limpio. Y es un acuerdo de ese gobierno el que designa coronel y Jefe del Ejército a Fulgencio Batista.

La capital y las provincias se insubordinan y vociferan. Batista se aparta de las asonadas y se dedica a otorgarle organidat al Ejército Constitucional. Establece una disciplina democrática o en otros términos, convierte al soldado-máquina en un soldado-hombre.

Arribaba la anarquía, coonestada y controlada por el impetu demoleedor de la acción externa que había llegado con las tendencias soviétizantes. En la revolución se produce una quiebra violenta entre las posibilidades y la realidad. Cuba da un salto en el vacío, y en vez de avanzar hacia adelante, tropieza y cae en el mismo sitio de donde saltó. Con rapidez fulminante se suceden los gobiernos provisionales. Era la convulsión continua y para colmo, en el claroscuro desorientador, se escuchan los estallidos de las bombas. Hubo día en el que explotaron ciento cincuenta. Una ola de huelgas invade el país. La tirantez llega a su climax cuando al movimiento huelguístico se suman los empleados del Estado.

Frente a la marea del desorden, Batista actúa rápida y serenamente. Toma el caos y lo modela en un orden nuevo. Aniquila el terrorismo, frena el impulso de huelgas innecesarias, reanuda el pulso tradicional perdido, barre con el miedo que señorea a los espíritus apocados, hace nacer alegría y esperanza como augurios de alba para los innovadores.

En cuatro años el entusiasmo del coronel Batista construye una amplia y moderna Ciudad Militar, conduce la campaña alfabetizadora a los campos, mediante una amplia red de escuelas y misiones cívico-militares; crea el Consejo Corporativo de Educación Sanidad y Beneficencia, que toma en sus manos los rumbos realistas de la Cubanidad; organiza el Instituto Cívico-Militar para huérfanos de hombres muertos o imposibilitados a consecuencia de su oficio o profesión, y como remate de esta acción eminentemente nacionalista, formula y pone en práctica las bases del "Plan Trienal", plan de reconstrucción económico-social que cumple ampliamente las aspiraciones populares, dentro de un criterio de esencia realista. Así es como encauza por la vía legal el movimiento revolucionario de 1933, que a decir de la "Foreign Police Association" en su libro "Problemas de la Nueva Cuba", "no fué dirigido contra Machado personalmente. La revolución venía acompañada de una demanda general para poner fin a la inestabilidad del viejo sistema económico, elevar el nivel de vida de las masas y dar al cubano un grado mayor de control sobre las riquezas de su país."

Esta es — a grandes rasgos — la semblanza del coronel Fulgencio Batista. La raza, el campo y la disciplina tenían que producir y produjeron un hombre que ya no podrá desglosarse de la Historia de Cuba sin dejar un gran vacío, por lo mismo que su labor esboza una compactación nacionalista certera. El mérito de Batista—más que en ninguna otra cosa—está en que fué uno de los primeros en columbrar—por modo intuitivo—que no todo consiste en un trasplante de las ideas y módulos que Europa arroja desde un Continente de decrepitud a uno que está carente de épocas históricas y civilizaciones sucesivas.

*Reseña
Mexico
Sep 4/38*

